

# LA RIVAL

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, Y ORIGINAL

DE

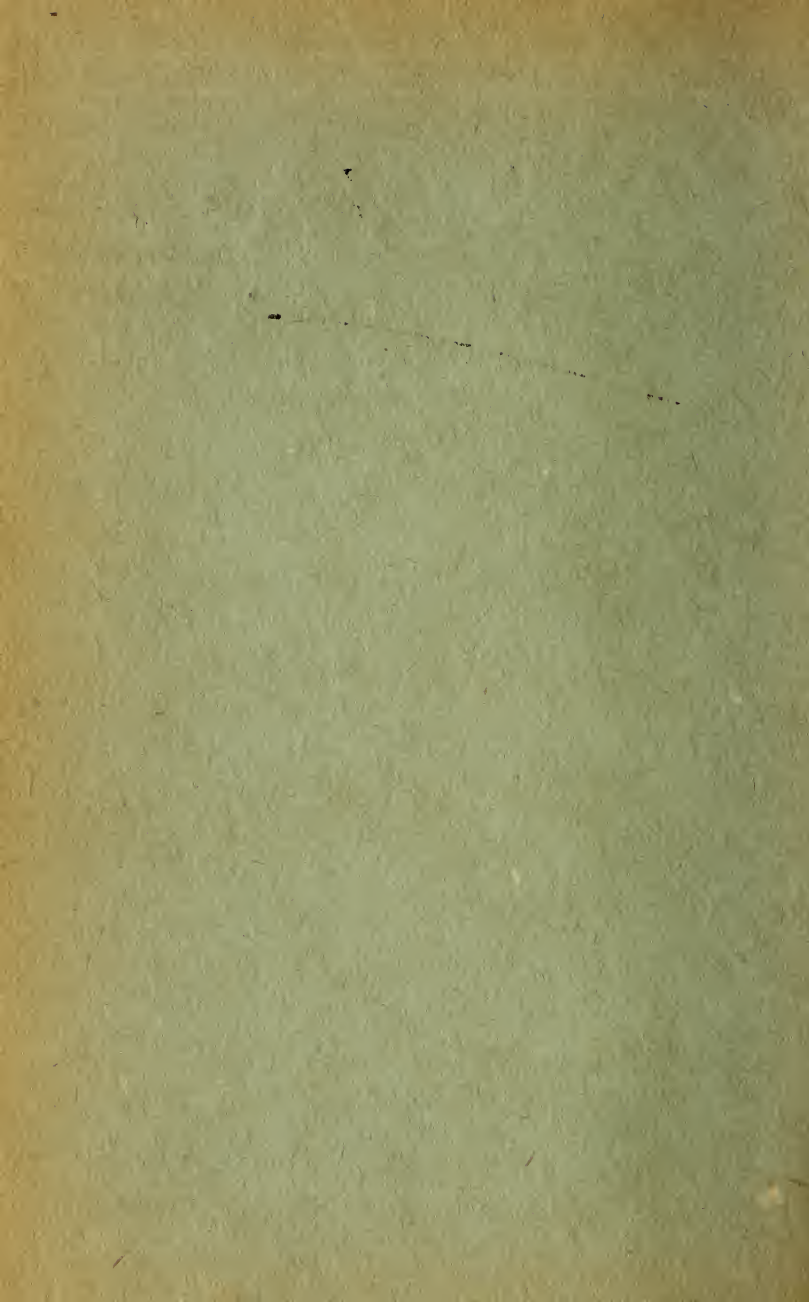
HERACLIO S. VITERI Y ENRIQUE GRIMAU DE MAURO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ANTONIO PAREDES Y ENRIQUE MORENILLA



Copyright, by Heraclio S. V. y Enrique G. de M.



Para el discretísimo actor Sr. Romero  
y afines amigos,

Heracles S. V. S. S.      Quince Siman  
de un año

---

## LA RIVAL

Madrid, 5 de junio de 1912

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

# LA RIVAL

COMEDIA LÍRICA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, Y ORIGINAL

DE

HERACLIO S. VITERI Y ENRIQUE GRIMAU DE MAURO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

ANTONIO PAREDES Y ENRIQUE MORENILLA

~~~~~  
Estrenada con gran éxito en el TEATRO DE NOVEDADES,  
de Madrid, el 23 de Abril de 1913.  
~~~~~

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado 24'

1913

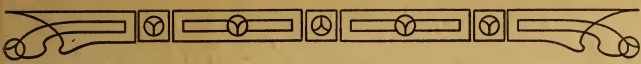
# REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.....	Sra. Fuertes.
ELENA.....	Srta. Otero.
PEPA <i>la Morena</i> .....	» Riaza.
TULA.....	» »
NICA.....	» Alvarez.
CHICO DE LOS PÁJAROS.....	» »
MARTÍN.....	Sr. Puiggrós.
CHIPIONA.....	» Romero.
MAOLIYO.....	» García Ibáñez.
SR. LUCIO.....	» Codorniú.
ORDENANZA.....	» Aznares.
PANCHO, criado negro.....	» Alares.
PLÁCIDO, ídem.....	» Vega.

Japonesas, bailadores de jota, modistas, peinadoras,  
ebanistas, etc.

La acción en Madrid y en Méjico. Epoca actual.

Derecha é izquierda las del actor.



# ACTO ÚNICO

---

## CUADRO PRIMERO

Plaza madrileña á la que afluyen varias calles. A la derecha, una tienda de vinos y una peluquería de señoras. A la izquierda, ebanistería del señor Lucio y obrador de modistería; sobre las cuatro puertas los rótulos respectivos. El salón de peinado y el de confecciones tienen grandes ventanas, junto á las cuales trabajan las muchachas.

### ESCENA PRIMERA

MARTÍN y MARÍA, muy amartelados en mitad de la escena, hablan calladamente de amores, sin darse cuenta de que las peinadoras y modistas, desde sus talleres, los observan y ríen. En seguida, una de ellas, canta:

Todos los enamorados  
piensan y no piensan bien;  
piensan que nadie los mira,  
y todo el mundo los ve.

*(Risas dentro.)*

MARÍA. *(Separándose de Martín.)* Has oído? Se están riendo de nosotros.

MARTÍN. Y nosotros nos reímos de ellas. No ha-

- gas caso. Alguna envidiosa; si la envidia fuese peste...
- MARÍA. No, si es que nos hemos entretenido demasiado; ya hace rato que entraron todas al taller. Adiós, ¿eh? (*Yendo hacia el obrador de modistería.*)
- MARTÍN. Hasta luego. ¿Saldrás?
- MARÍA. En cuanto pueda. Adiós. (*Vase.*)
- MARTÍN. Adiós. La verdad es que á su lado se pasa el tiempo sin sentir. Ahora, á tirar de garlopa, Martín. (*Vase hacia la ebanistería.*)

## ESCENA II

DICHOS. MAOLIYO «EL GUAPO», cuyo apodo es una ironía, porque su rostro es de lo más feo, aparece foro derecha.

- MAOLIYO. (*Efusivo.*) ¡Adió, muchacho!
- MARTÍN. (*Volviéndose.*) ¡Hola, Maoliyo! Mucho se madruga.
- MAOLIYO. Regulá, chiquiyo. No me he acostao...
- MARTÍN. Entonces...
- MAOLIYO. Y lo que siento é habé yegao tarde aquí. (*Con interés.*) Oye, ¿tú sabe si ha venió ya Pepa «la Morena»?
- MARTÍN. No; todavía no ha venido. He visto entrar á todas, menos á ella.
- MAOLIYO. Hombre, pué me alegro.
- MARTÍN. Con que se ha pasado la noche de juerga, ¿eh?
- MAOLIYO. (*Cómicamente serio.*) No, Martín, no. Esta noche no me he acostao, porque... ¿Pa qué? No había é dormí... Sí, hombre; ya lo dise la copla:



Ar hombre que está queriendo,  
jasta de noche en la cama  
er querer le quita er sueño.

(*Martín ríe incrédulo.*)

No te ría, hombre. Dende que yo vide á esa mujé y empesó á chuflarse é mi cara, me paso la vía lo mesmo que las gruyas, de pie, y cantando er cantá que dise:

Esperá, y que no acudan;  
queré, y que no le quieran;  
acostarse, y no dormí...  
¿cuár será la mayó pena?

MARTÍN. Pero, Maoliyo, ¿hablas en serio? ¿Es posible que tú hayas llegao á enamorarte de veras?

MAOLIYO. Y tan de veras. Tan enamoraio etoy yo de esa mujé, como tú de tu Maria. ¡Y cuidao que tú estás mochales por eya! Pero, ¡ay! A ti, siquiera, te quieren... A mí... A esa mujé le ha dao por tomarme á chirigota, y, ¡ná!, que en cuantico que me ve, me hase la crú, rompe á reí, y si le da por escuchar-me... ¡güeno! ¡Me suerta cá cosa... que me descompone má que un toro de Palhas! ¡Por mi salú! Ná, que la ha tomao con mi cara.

MARTÍN. (*Jovial.*) Hombre, después de too...

MAOLIYO. (*Interrumpiéndole.*) Sí; si ya sé que soy de un feo subidito, pero...

MARTÍN. No te preocupes, Maoliyo; tú la conquistarás; ella acabará por acostumbrarse á verte de cerca, á familiarizarse con

tu cara, y con el tiempo, no digo que le parezcas un San Antonio, pero, cuando menos, te encontrará pasaderillo. Tú no cedas; mucha labia, mucha coba, y no repares en chufia más ó menos. A esa mujer, como á todas, le gustará que la quieran, á pesar de sus desdenes, y acabará por quererte. Y ya que á ti te gustan tanto las coplas, apréndete ésta, que es verdadera:

Las mujeres desdeñosas  
son como las aceitunas;  
la que parece más verde,  
suele ser la más madura.

- MAOLIYO. Eso é verdá; pero lo que yo siento é tené que salí de Madrí con la mano va-sía, sin habé conseguido de esa mujé una eperansa tan siquiera.
- MARTÍN. ¿Tan pronto os vais?
- MAOLIYO. Dentro é una semana, cuando ma tarde. ¿No te lo había dicho, Rafaé?
- MARTÍN. Sí; sabía, como el señor Lucio, por el mismo Chipiona, que tenía firmados unos contratos y que saldría pronto para Méjico; pero no sabía que fuese tan pronto.
- MAOLIYO. Pué sí; dentro una semana no embarcaremo. La primera corría tenemo que torearla ayí er 20 de Abrí, de móo que ..
- MARTÍN. Pues, nada, chico; á aprovechar estos días. Duro en ella y no te apures. Las mujeres son...
- MAOLIYO. (*Interrumpiéndole.*) Lo que yo pensaba ar vení pa 'acá. La mujere son como er aguardiente, que conviene tomarlo

con precauciones; pero tomarlo cuando yega la ocasión. De móo que, mira: mejor ocasión que ésta pa tomarnos una copa...

MARTÍN. Se me va á hacer muy tarde para ir al taller, y luego el señor Lucio...

MAOLIYO. Pero, hombre, ¿tanto vamo á tardá?

MARTÍN. Bueno, pues andando; pero en seguida.

MAOLIYO. Ahora mesmo. (*Vanse á la taberna.*)

### ESCENA III

EL CHICO DE LOS PÁJAROS, por el foro izquierda, cargado con un jaulón y una tijera para colocarle; instala su puesto en plena plaza mientras canta su pregón. Luego MARÍA, MARTÍN, MAOLIYO, MODISTAS, PEINADORAS Y EBANISTAS, que salen al oír el pregón.

#### *Música.*

CHICO.                   ¡A ver, mocitas!  
                          ¡A ver, muchachos!

#### *Recitado.*

¿No hay ninguno que saber el sino quiera.  
sacao por mis pájaros?

#### *Canta.*

Cinco céntimos sólo  
cuesta el papelito:  
apoquinarlos pronto.  
pronto, prontito.  
¡Miren, miren qué bonito!  
Igual de señoras  
que de caballeros;  
igual de solteras  
que de solteros;

igual de casadas...

Vengan á ver  
cómo sacan los pájaros  
el sino de las gentes  
en un papel.

Pajarito, piquito de oro,  
que cantas amores;  
pajarito, que hicistes un nido  
de ramas y flores:  
cuando cantas, dices alegrías  
ó dices dolores,  
y negando el amor,  
eres traidor.

Díles si su sino  
les guarda venturas,  
y si su destino  
desgraciado es;  
díles sus amores,  
díles sus tristezas,  
y que sus dolores  
alcanzen á ver.

Y para final, piquito de oro,  
diga tu piquito en canto sonoro  
palabras de amor.

Y su sino sabrá de esta manera  
quien ama y suspira, quien sufre y espera.

Vamos á ver  
si alguno al fin  
su porvenir  
quiere saber.

Cinco céntimos sólo  
cuesta el papelito:  
apoquinarlos pronto,  
pronto, prontito.

¡Miren, miren qué bonito!, etc.

MARTÍN.

Ahí va una perra, y que los pájaros sa-  
quen el sino á esta muchacha. (*Por  
María.*)

CHICO. ¿A ésa? ¡Olé, la canela fina! (*Hablando con los pájaros.*) A ver; Periquiyo, cómo nos portamos. Cuidao con equivocarse. Cuando una mujer como ésta pide su sino, hay necesidá de sacar lo mejor del repertorio. Y como te equivoques, ¡te rompo un ala!

ELLOS. ¡Vaya si es gracioso!

ELLAS. ¡Vaya si es guasón!

CHICO. (*Dando á María el papelito que sacó el pájaro.*) Tenga usté, reina. Y que sea el sino de usté tan alegre como sus ojos. (*Aparte*) ¡Vaya si es de alivio la socia!

ELLAS. (*Agrupándose en torno de María.*) Lee, lee, á ver qué dice.

MARTÍN. Sí; veamos lo que dice.

ELLOS. (*Riéndose.*) ¡Pamplinas!

CHICO. (*Ofendido.*) ¿Pamplinas? ¡Canelita en rama!

MARÍA. (*Leyendo.*) No te alarmes nunca por tu suerte. Pasarás muchas fatigas por tu novio, el cual se casará contigo... si no se casa con otra. (*Una carcajada general interrumpe la lectura.*)

MARTÍN. Oiga usté, mi amigo, ¿se ha propuesto usté tomar el pelo á la gente?

MAOLIYO. ¡Qué monada é pajariyos, hombre!

CHICO. Pero, señor, ¿qué quieren ustés que digan á una persona que no conocen? ¡Demasio pa cinco céntimos!

ELLAS. (*Burlándose.*) Adiós, chiquillo. Y da á tus adivinos doble ración de alpiste, á ver si engordan. (*Vanse á sus talleres respectivos.*)

ELLOS. ¡Pues ya puedes ir rompiendo alas á tus pájaros! Ja, ja. (*Vanse á la ebanistería.*)

ESCENA IV

CHICO DE LOS PÁJAROS, moleestado por las burlas del público, recoge su puesto. MARÍA, visiblemente disgustada, y MARTÍN, á un extremo del escenario. MAOLIYO, burlón, desde la puerta de la taberna, ríe del mal humor del pajarero.

CHICO.            ¡Me caso en!... ¡Tomar á chufia mis adivinos!... Pero ¿si se habrá creído esta gente que por cinco céntimos iban á oír el Evangelio?

MAOLIYO. (*Socarronamente.*) ¡Tampoco! Pero... ¿no te paese á ti que esos probesiyo estarían mejó en una sartén que no ahí haciendo gimnasia?

CHICO.            (*Irritadísimo.*) ¡En una sartén! ¡En una sartén! (*Con desprecio.*) ¡Y diga usted, Fras... cielo! ¿Por qué no hace usted con esos cuatro pelos que tié en la nuca una sortijilla pa la tarasca? ¡Vaya, hombre!... (*Vase corriendo por el foro.*)

MAOLIYO.        (*Riendo.*) ¡Ha tenío grasía, sí, señó! Ha tenío grasía. (*Yendo tras aquél.*) ¡Eh, muchacho! ¡No yeve tanta prisa! Aguárda, chico, que te voy á convidá á una copa. (*Vase, riendo, por donde el Chico de los pájaros.*)

ESCENA V

MARÍA y MARTÍN.

MARTÍN. (*Cariñoso.*) Pero ¿te has quedado triste, María, por eso?

MARÍA. ¿Triste? Sí; no me ha hecho gracia la salidita de los pájaros.

MARTÍN. Pero no seas chiquilla. ¿Cómo los pájaros iban á adivinar el secreto de tu vida, de tus ansias, de nuestros amores? Ese chico es un vivo que á costa de los primos come sin trabajar. ¡Bah! Tonterías.

MARÍA. Sí; pero á otras les ha dicho la verdad.

MARTÍN. ¿La verdad? Y á ti también te ha dicho la verdad. Te han dicho que tienes un novio que te quiere... Yo. Que se casará contigo...

MARÍA. (*Interrumpiéndole y con pena.*) Si no se casa con otra.

MARTÍN. ¿Con otra?... ¡María, mi María! No seas así. ¿Vas á dar más crédito á unos pajarrillos que á mí, que á tu Martín, que desde hace cuatro años por ti vive, por ti alienta, por ti trabaja. ¿Tienes queja de mí? ¿Dudas de mi cariño, María?

MARÍA. No, Martín, no; tienes razón: ¡qué tonta soy! Pero es que yo hubiese querido que hasta los pájaros me dijeran que tú me querías mucho, mucho; que te casarías conmigo...

MARTÍN. ¿Y no es mejor que te lo diga yo, María?

MARÍA. (*Con pasión.*) Sí.

MARTÍN. ¡Pues entonces!... Verás. ¡Si tu padre y

yo ya lo tenemos hablado! Dentro de un año, en esa muestra—(*la de la ebanistería*)—estará escrito mi nombre; y en esa casa vivirán cuatro personas en vez de dos. ¡Cuatro, sí! Tu padre y mi pobre vieja, dichosos, viéndonos á nosotros felices. Nosotros, más felices todavía, viéndolos á ellos contentos, cuidándolos y saboreando tranquilos la dulzura de nuestro matrimonio, del amor bendito. ¿Verdad, María?

MARÍA. (*Con mucha naturalidad é íntima complacencia.*) ¡Cuándo se pasará el año!

MARTÍN. Pronto. Ya ves: se han pasado cuatro desde que nos pusimos en relaciones. Yo era un chaval; tú, una muñeca; y como un soplo se pasó ese tiempo; y queriéndonos mucho, nos hemos convertido: yo, en un hombre capaz de sostener una familia; tú, en una preciosidad de mujer, que hará mi dicha.

MARÍA. Martín, Martín mío, ¡cuánto te quiero!  
¡Qué dichosa soy!

MARTÍN. Más lo has de ser. (*Entusiasmadísimo y rodeando con su brazo el talle de María.*) Mi nena, ¡cuánto te quiero!

## ESCENA VI

DICHOS y SEÑOR LUCIO, sorprendiéndolos, al salir de su taller.

SR. LUCIO. (*Fingiendo un enojo que no siente.*) ¡Muy bien, señores; muy bien! (*Adelantándose.*) ¡Miren la mosquita muerta!



MARÍA. (*Asustada y soltándose.*) ¡Ay! (*Suplicante.*) Padre...

MARTÍN. (*Avergonzado.*) Señor Lucio... Usted disimulará... Usted también ha sido joven, también ha tenido novia, también...

SR. LUCIO. ¡Sí, hombre, sí; también! Pero no he apretao tanto como tú. Con tiempo lo tomáis...

MARÍA. ¡Padre! ..

SR. LUCIO. No, si no está mal; no está mal. ¡Caray con los mocosos de hoy en día!

MARTÍN. Por Dios, señor Lucio, comprenda usted que...

SR. LUCIO. Demasiao comprendo. Natural que toos hemos sío jóvenes, y hemos tenío novia, y la hemos querido mucho, pero... ¡hombre; siquiera, siquiera, dejar los desahogos de esa clase pa otro sitio y no en mitá é la calle! ¡Pues digo, si no salgo á tiempo! (*Por María, que gime.*) Bueno. Y á ver si dejas tú de hacer pucheros. ¡Al taller! (*A Martín.*) ¡Y tú á coger la garlopa, que ya debe ser hora! ¡Caray, hombre! ¿Qué vais á dejar pa cuando os caséis? ¡Basta de pucheros he dicho! ¡Hala! Cada uno á lo suyo. (*Martín y María entran en sus respectivos talleres.*) ¡Caray de chicos! (*Vase tras de Martín.*)

ESCENA VII

PEPA «LA MORENA» por el foro derecha. MAOLIYO por el foro izquierda. Al verla se planta chulonamente á su lado.

MAOLIYO. ¡Olé, las hembras menuditas y garbosas! Cuando la mare de osté sortó ar mundo ese cuerpo, ¡jasta Dió la tuvo envidia!

PEPA. (*Burlona.*) Y cuando la de usté miró esa cara, la djó un desmayo.

MAOLIYO. ¿Le disen á osté *la grasiosa*?

PEPA. Algunas veces. ¿Y á usté le llaman *el coco*, verdá?

MAOLIYO. Arguna vese tamién; pero ya sabe osté que mi nombre é Maoliyo, por mote, er guapo, banderiyero de profesión (*Con picardía.*) Y tocaor de lo fino por afisión naturá. (*Observando que Pepa mira al suelo como buscando algo.*) Pero ¿se le ha perdío á osté argo? ¿Qué busca osté, mi arma?

PEPA. No; á mí no se me ha perdío nada, no. Busco... las narices de usté, que se le deben de haber caído.

MAOLIYO. Pero, Pepiya, ¿va osté á pasarse la vía sacándome defertos? Ayé, la boca; hoy, las narise... (*Chulonamente.*) Y después de tó, hase osté bien. Ya sabe osté que tié osté derecho á meterse en tó lo mío, prenda.

PEPA. ¡Ja, ja! Que usté se alivie... ¡precioso! (*Avanzando, risueña, hacia el salón de peinado.*) Y no se le olvide á usté pasarse por una tienda de caretas, que

puede usté hacer negocio. ¡Ja, ja, ja, ja!  
(Vase).

MAOLIYO. (Desconcertado.) ¡Me caigo en la má!  
Pero... ¿seré yo tan feo? Ná, está visto;  
pa camelá yo á esta gachí, voy á tené  
que ponerme la cara der revés, ó desir-  
le á argún escurtó que me la arregle.  
Y que cuanto más se chufila, más la  
quiero. Bien dise la copla, que

El amarse ó no amarse  
no é má que un juego;  
y unos ganan favores  
y otros dispresios.

Aquí, er que gana dispresios soy yo;  
pero, quién sabe si será por aqueyo que  
dise aquer cantá:

Disimulá quereles  
se estila ahora,  
y hablá mal der sujeto  
que bien se adora.

De tó pué haber aquí; y como no é cosa  
é morise porque una mujé se ría der  
físico de uno... Maoliyo, ¡já alegrarte á  
la taberna! (Entrase en la tienda de  
vinos.)

## ESCENA VIII

ORDENANZA DEL MINISTERIO DE ESTADO, por el foro  
derecha. En seguida SEÑOR LUCIO.

ORDEN. Ebanistería modelo... Aquí debe ser.  
(Llama y acude el señor Lucio.) Buenos  
días. ¿Me podría usted dar noticias de  
un tal Martín Gutiérrez, ebanista?

SR. LUCIO. ¿Martín Gutiérrez? (*Aparte.*) ¿Qué le quedará este tío? (*Alto.*) Sí, señor. Cabelmente, es mi primer oficial. ¿Qué se le ofrece?

ORDEN. ¿Está en el taller ahora?

SR. LUCIO. Acaba de entrar ahora mismo. ¿Quería usted verle?

ORDEN. Sí, señor. Le traigo un pliego urgente del Ministerio de Estado.

SR. LUCIO. ¡Del Ministerio de Estado! (*Aparte.*) Este hombre está borracho.

ORDEN. Sí, señor. Vengo de casa del señor Gutiérrez y me enviaron aquí, porque como tengo que entregarlo en propia mano y recoger recibo...

SR. LUCIO. Conque del Ministerio, ¿eh? Pues ahora saldrá. (*Llamando.*) Martín, sal; que te traen la credencial de ministro.

ORDEN. No se burle usted.

SR. LUCIO. No, si no me burlo.

## ESCENA IX

DICHOS y MARTÍN, en mangas de camisa. MARÍA tras de la ventana de su taller.

SR. LUCIO. (*A Martín.*) Este señor... (*Aparte.*) Ten cuidao, que me parece que está borracho.

ORDEN. ¿Don Martín Gutiérrez?

MARTÍN. Servidor.

ORDEN. Vengo desde su casa... ¿Es usted efectivamente don Martín Gutiérrez?

SR. LUCIO. ¿Otra vez?

MARTÍN. Hombre, créo que sí. Yo soy, cuando menos, Martín Gutiérrez López.

- ORDEN. Martín Gutiérrez López... El mismo que reza este pliego. Tenga usted. (*Le da un sobre.*) Y tenga la bondad de firmarme el recibí en esta hoja. (*Alargándole un cuaderno y un estilógrafo.*) Ahí bajo.
- SR. LUCIO. (*Aparte, á Martín.*) No firmes.
- MARTÍN. (*Firmando y devolviéndole el cuaderno.*) Ya está.
- ORDEN. Muchas gracias. (*Despidiéndose.*) Adiós, señores.
- MARTÍN. Vaya usted con Dios.
- SR. LUCIO. ¡Adiós, ministro! (*Vase el Ordenanza por el foro.*)

## ESCENA X

DICHOS. Luego María, que, como se ha dicho, estará observándolo todo desde la ventana, junto á la cual trabaja.

- MARTÍN. (*Rasgando el sobre.*) Vamos á ver qué es esto.
- SR. LUCIO. (*Zumbón.*) Sí, hombre, sí. Vamos á ver. ¡Quién sabe si el ministro te nombra su secretario particular!
- MARTÍN. (*Después de leer para sí.*) ¿Eh? ¿Yo millonario? ¡Yo! ¡Pobre tío!
- SR. LUCIO. Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco?
- MARÍA. (*Dentro.*) ¿Qué será ello? ¿Qué ocurrirá?
- MARTÍN. No, señor Lucio; no me he vuelto loco. Lea usted. ¡Pobre tío! ¡Y ya no nos acordábamos de él!
- SR. LUCIO. (*Sin dar crédito á lo que ha leído.*) ¡Caray! Oye, oye, tú; ¿todo esto no será una broma?

- MARTÍN. ¿Broma?
- MARÍA. (*Dentro.*) Me estoy muriendo de curiosidad. Yo salgo á ver.
- SR. LUCIO. Por más que... ¡Y esto está bien claro! (*Lee alto.*) «El consulado de España en Méjico ha remitido á este Ministerio la siguiente nota, etc. (*Recalcando mucho las frases.*) Hágase saber á don Martín Gutiérrez López la defunción de su tío el súbdito español don Rafael Gutiérrez Roca, y su última voluntad instituyéndole heredero universal de sus cuantiosos bienes, etc.» Pero, oye, ¿tú tenías algún tío en América?
- MARTÍN. Sí, señor, sí. Marchó allá hace veinte años. Yo apenas recuerdo de él; era hermano de mi padre. Al principio escribía á menudo; luego dejó de escribir, y ahora...
- SR. LUCIO. Se muere, dejándote por heredero de su fortuna. Pues, chico, te acompaño en el sentimiento... y que sea enhorabuena.
- MARTÍN. (*Abrazándole.*) Gracias, señor Lucio.
- MARÍA. ¡Le abraza! Yo no espero más. (*Se retira de la ventana y sale á escena.*) Pero ¿qué pasa? ¿Qué ocurre?
- MARTÍN. Una cosa tremenda.
- MARÍA. (*Asustada.*) ¿Eh?
- SR. LUCIO. (*Dándole el pliego.*) Lee, lee; ya verás. (*Aparte.*) Ahora me largo. Está bien que los deje desahogarse. (*Vase á la taberna.*)

ESCENA XI

MARTÍN y MARÍA. Lee el pliego y se entristece.

MARTÍN. Pero ¿qué te pasa, María? ¿Estás seria, estás triste? ¿No comprendes que ese pliego nos trae la felicidad?

MARÍA. No sé lo que me pasa, Martín. Acaso hubiera sido mejor que no heredases esa fortuna. El dinero no es la felicidad. Y luego... (*Con pena.*) ¡María, la modistilla, no podrá ser nunca la mujer de un millonario!

MARTÍN. (*Cariñoso.*) María, ¿qué dices? ¿Y por qué no? Cuando ese millonario soy yo, que te adora, que debe á tu padre el pan de muchos años de trabajar honrado, María la modistilla dejará de coser, como yo dejaré de tornear, para ser la mujer de un millonario, para hacer feliz á Martín el ebanista.

MARÍA. (*Amorosa.*) ¿De veras?

*Música.*

MARTÍN.  
¿Acaso lo dudaste,  
María de mi vida?  
¿Acaso tú creíste  
que te engañara yo?

MARÍA.  
Perdona, Martín mío,  
que así lo haya pensado.

MARTÍN.  
El oro no es la dicha:  
la dicha es el amor.

MARÍA.

Pero yo temía que me abandonases;  
tú eres millonario y soy pobre yo.  
Nada puedo darte mas que mi cariño...

MARTÍN.

Que para mí vale más que no un millón.  
Siendo pobre yo, María,  
te entregué mi corazón,  
y tu amor fué mi alegría  
y tu amor fué mi ilusión.  
Y hoy, porque la suerte  
me favoreció,  
¿iba yo á perderte?...  
¡No, María, no!  
Tú seguirás siendo  
mi norte y mi guía,  
mi cielo, mi encanto, mi dicha, mi amor.  
¿Verdá, nena mía?  
¡Con cuánta alegría  
seremos felices, dichosos los dos!

MARÍA.

¿Verdad, Martín mío?  
¡Con cuánta alegría  
yo seguiré haciendo tu felicidad!

MARTÍN.

¿Lo quieres?

MARIA.

Lo quiero.

MARTÍN.

¿Me quieres?

MARÍA.

Te quiero.

MARTÍN.

MARÍA.

No mientas, y dime  
si me has de olvidar.

No miento, y prometo  
no te he de olvidar.

MARTÍN.

¡Lo dicho!



MARÍA.

¿De veras?

MARTÍN.

Lo juro.

MARTÍN.

MARÍA.

No mientas.

No temas.

MARTÍN.

Acaso lo dudaste,  
María de mi vida, etc.

LOS DOS.

¡Amor! ¡Amor!

## ESCENA XII

DICHOS. CHIPIONA, por la izquierda. Luego SEÑOR LUCIO y MAOLIYO, que salen de la taberna.

CHIPIONA. (*Sonriente y efusivo.*) Hola, amiguitos.

MARÍA. Hola, Rafael.

MARTÍN. Hola, Chipiona.

CHIPIONA. Estabais de arruyos, como los palomos, ¿eh?

MARÍA. Rafael..

CHIPIONA. No, mujer, no. ¡Si no hay por qué bajar los ojos! ¿Y tu padre?

MARÍA. No sé.

MARTÍN. Estuvo aquí hace poco. Y ¿qué cuentas? (*Salen señor Lucio y Maoliyo.*)

MAOLIYO. (*Yendo hacia Martín y abrazándole.*) ¡Que sea enhoragüena, chico! Ya me ha dicho er señó Lusio. (*Con respeto, viendo á Chipiona.*) Perdone osté, maestro. Güenos días.

MARTÍN. Gracias, Maoliyo.

SR. LUCIO. (*Alegremente á Chipiona.*) Y ¿qué te parece?

- CHIPIONA. ¿El qué?
- SR. LUCIO. Lo que ocurre.
- CHIPIONA. Pero ¿qué ocurre?
- SR. LUCIO. ¿Pero no te han dicho ná entoavía tu cormana ni éste?
- CHIPIONA. No.
- MARÍA. Acaba de llegar.
- MARTÍN. Pues lo que ocurre es... (*Dándole el pliego.*) Entérate tú mismo.
- CHIPIONA. (*Después de leerlo para sí, y abrazando á Martín.*) Pero ¡muchacho! ¡Y te lo tenías cayao! ¡Qué sea enhorabuena, hombre; que sea enhorabuena!... Y que perdone el difunto esta alegría.
- MAOLIYO. (*A Martín.*) Y ¿qué piensa tú hasé?
- MARTÍN. ¿Que qué pienso hacer? Ir al Ministerio ahora mismo, enterarme personalmente de lo que esto sea, buscar dinero y marchar á Méjico á recoger esa fortuna.
- CHIPIONA. Me parece tó bien, menos lo de buscar dinero. No hay necesidad. Yo salgo para América dentro de ocho días. Cabilmente, venía á decírselo á mi cormana y á este viejo... De modo que tú vienes conmigo: tienes pago el viaje.
- MARTÍN. Acepto, y muchas gracias. Iremos juntos.
- MAOLIYO. Hombre, me alegro que vengas con nosotros. ¡Ya verá qué viaje! Y gorveremo juntos...
- MARTÍN. Acaso no. Porque yo, en cuanto llegue, recojo los cuartos, hago moneda las fincas... y otra vez á España, á Madrid: á buscar á ésta; á casarme en seguida.
- SR. LUCIO. (*Risueño.*) ¡Qué huracán!

CHIPIONA. ¡Pues, nada, chico: á ello, y que seáis muy felices!

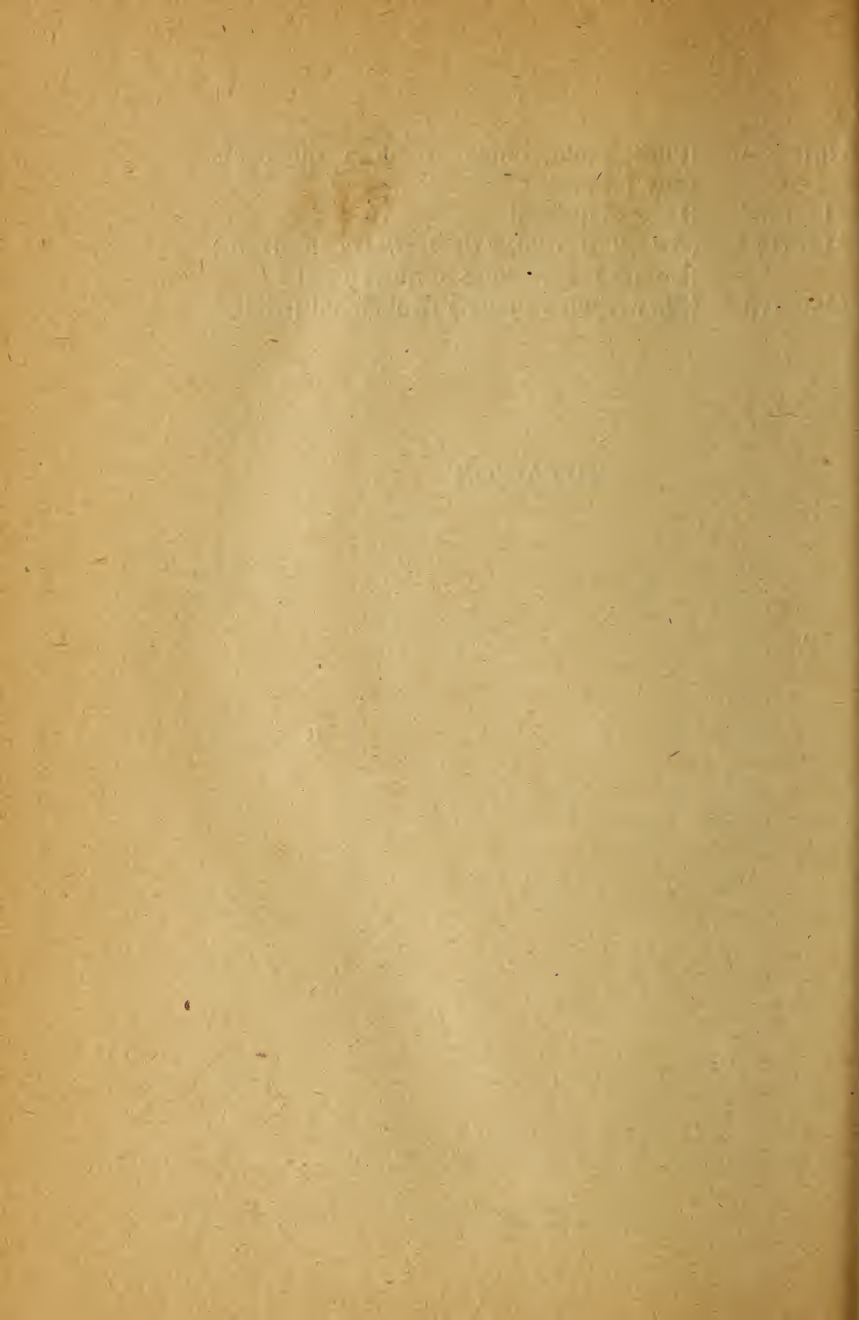
MARÍA. ¡Dios lo quiera!

MARTÍN. (*En un arranque de hermosa soberbia.*)

¡Lo querrá, porque lo quiero yo!

MAOLIVO. (*Muy cómicamente.*) ¡Rubricao! ¡Ele!

## MUTACION



## CUADRO SEGUNDO

Artística *serre*, cuajada de plantas, en la suntuosa mansión de Elena. A un rincón, un magnífico piano. Pendientes de las paredes, alegres panderetas sevillanas, trofeos de toros y una soberbia guitarra, todo ello dispuesto con gusto y arte. Varias sillas de junco americano, dos mecedoras y un velador cubierto con un pañuelo de Manila, cerca del proscenio izquierda. Sobre el velador una bandeja de plata con varias copas y una botella de ron. Al foro, á la derecha y á la izquierda, puertas de policroma vidriería.

### ESCENA PRIMERA

MARTÍN y CHIPIONA, sentados en las mecedoras y fumando magníficos habanos. MARTÍN viste con elegancia.

MARTÍN. No puedo remediarlo, Rafael. Me das envidia. Tú vuelves mañana á España, á mi España, á mi Madrid, donde yo no volveré jamás. ¡Madrid! Allí dejé yo algo que, al faltarme hoy, aprecio en todo su valor. Locamente, atraído por los seis millones que me dejó el difunto á condición de que casase con mi prima Elena, renuncié al amor de María: ¡al amor de María, que era mi vida toda!

CHIPIONA. La verdá es que tu tío tuvo un capricho bien raro.

MARTÍN. ¡Ah! Si yo lo hubiese sabido en Madrid...

CHIPIONA. Hubieses venido lo mismo; hubieses hecho lo mismo.

MARTÍN. No, Rafael. Si en Madrid hubiese conocido el testamento de mi tío, no vengo; lo juro. Pero llegué aquí sin conocerlo íntegro, y al enterarme de aquella maldita cláusula... (*Apesadumbrado.*)—Es mi voluntad que mi sobrino Martín case con su prima Elena dentro del año; y si no se casare, quedará desposeído de la herencia que le lego en virtud de este testamento; herencia que pasará á disfrutar la susodicha Elena solamente.

CHIPIONA. Y ¿qué has de hacerlo? El lo quiso así...

MARTÍN. ¡Maldita cláusula, que parece una sentencia de muerte! Ella ha venido á matar, á destruir mi dicha, mi vida toda.

CHIPIONA. Eso... será porque tú quieras.

MARTÍN. ¿Eh?

CHIPIONA. Sí. Seis meses yevo oyéndote eso mismo, quejándote amargamente de eso mismo... y ná te he dicho, porque no lo tomases á interés particular. María es mi cormana y ya sabes que la quiero mucho. Por eso ná debía decirte; pero te lo voy á decir. Si sufres es porque quieres, sólo porque quieres. Con renunciar á la herencia y volver á Madrid... A pesar de lo ocurrido, estoy seguro de que María te recibiría con los brazos abiertos.

MARTÍN. (*Abatido.*) Rafael...

CHIPIONA. Demasiao comprendo yo que ese sacrificio es enorme. Ser rico, inmensamente rico; satisfacer todos los gustos, vivir durante seis meses como un príncipe...

y condenarse uno luego voluntariamente á la pobreza, al trabajo duro, es mucho sacrificio. Ya ves si lo comprendo, que, á pesar de mi cariño á María, te disculpo. Eya, abandonada, sufrirá, yorará... Pero ¡qué remedio! Seis millones no se vienen á la mano todos los días, y bien valen unas lágrimas de mujer, aunque esa mujer nos adore, aunque esa mujer sea nuestra ilusión.

MARTÍN. Mira, Rafael. Yo nunca creí que en esta batalla que en mi alma riñen el amor y el interés, pudiera quedar vencido el amor. No lo creí, Rafael, y, sin embargo, ya lo has visto: venció el interés. Escribí á María una sola carta: aquella en que no le decía otra cosa que la disposición del difunto.

CHIPIONA. Y fué bastante. Eya habrá comprendido lo que esa disposición significa y. . .  
(*Viendo acercarse á Elena por la izquierda.*) Mira, ahí viene tu prima.

MARTÍN. (*Brusco.*) ¿Elena?

CHIPIONA. Sí.

MARTÍN. Adiós. No quiero verla.

CHIPIONA. Pero, hombre...

MARTÍN. Adiós. (*Vase por la derecha.*)

CHIPIONA. Pues, señor, ¡cualquiera sabe cómo terminará esto! ¡Lástima de pareja!

ESCENA II

DICHO y ELENA, en traje de casa, pero elegantísima. Habla el castellano correctamente, pero con ligero acento americano.

ELENA. ¿Solo, Rafael?

CHIPIONA. Solo. Hace un ratiyo que yegué de la caye, y me metí aquí. ¡Está esto tan agradable! Tiene tanto sabor español este rinconcito de su palacio, que me gusta estar en él.

ELENA. (*Invitándole á sentarse junto á ella y sirviéndole una copa.*) Y á mí, Rafael. Traída aquí de niña por el pobre títo, en este rinconcito almacené yo misma recuerdos y cosas de España, el alma alegre de mi tierra. En este rincón hay siempre mucho sol, mucha luz, muchas flores, panderetas de Sevilla y guitarras de Aragón, cuyos sonidos alegran el cuerpo y calientan el alma. Cada vez que esa guitarra suena y el revolar de una copla llena este rincón, mi alma española ríe y llora, piensa y siente, Rafael. Desde que ustedes están aquí, desde que esa guitarra suena casi á diario, voy convirtiéndome yo en otra mujer menos frívola, menos... ¡qué sé yo! Me siento menos americana y más española.

CHIPIONA. Pues yo, contando con que usted no se opondría, he dispuesto obsequiar á usted con una cosa muy de nuestra tierra.

ELENA. Usted siempre galante, Rafael.



CHIPIONA. Agradecido nada más, señora. Durante seis meses que yevo aquí, usted y su primo me han tenido graciosamente de huésped, me han colmado de atenciones...

ELENA. ¡Bah! No merece la pena de recordarlo.

CHIPIONA. Yo, para de algún modo corresponder... Mire usted, Elena, ya que esta noche es la última que pasaré aquí, quiero que en este salón haya algo más que otras noches.

ELENA. No comprendo.

CHIPIONA. Sí. Otras noches, Maoliyo era el encargado de recordar, con la guitarra en la mano, á España. Esta noche habrá más. He contratao á unos artistas del Circo—españoles y extranjeros—para obsequiar á usted.

ELENA. Repito mi agradecimiento. ¿Lo sabe Martín?

CHIPIONA. Sí, y no se opone.

ELENA. ¡Qué cosa más rara! Porque, cuidado que Martín es raro!

CHIPIONA. Pero, Elena: ¿cómo están ustedes tan desavenidos?

ELENA. Lo estamos porque no podemos estarlo de otro modo. Sí. El pobre tiito creyó que una disposición testamentaria suya bastaría para unir nuestras voluntades, y se equivocó. El carácter de Martín y el mío son incompatibles: él, serio, formalote, algo huraño, como formado en el trabajo, en la lucha; yo, por el contrario, alegre, caprichosa, extravagante, como él dice, criada en el gran mun-

do... ¿No cree usted que haremos mala pareja?

CHIPIONA. ¡Quién sabe! El matrimonio, el tiempo...

ELENA. Peor. Nos casaremos sin amor, odiándonos casi, y así continuaremos después. ¡Triste cosa!

CHIPIONA. Pero, ¿de veras no ama usted á Martín?

ELENA. ¿Amarle? No. Tampoco él hace nada para que yo le ame. Su carácter brusco, su eterno mal humor, no son para atraer á ninguna mujer. Ya lo ha visto usted. Desde que está aquí, no ha hecho otra cosa que aislarse, que beber. A todos los placeres, á todas las compañías, incluso la mía, prefiere la soledad y una botella de rom.

CHIPIONA. Pretenderá acaso olvidar...

ELENA. Lo que dejó en Madrid, ¿verdad?

CHIPIONA. No; eso ya lo debe de haber olvidado.

ELENA. Pues yo no cedo. Consiento en todo, menos en no volver á España. Quiero casarme, vivir y morir donde nací, en Madrid, en mis barrios. Y si se opone, ¡peor para él!

CHIPIONA. Elena, por Dios...

ELENA. Nada; en eso si que no cedo.

CHIPIONA. Pues entonces, me parece que no se casan ustedes.

ELENA. Peor para él; se lo repito.

ESCENA III

DICHOS. PANCHO, un mocetón negro á las órdenes de Elena; entra por la derecha, todo tembloroso y descompuesto, y viene á refugiarse á los pies de su ama.

ELENA. ¿Qué es esto, Pancho; qué te ocurre?

PANCHO. (*Sin acertar apenas á explicarse.*) ¡Ay! mi ama... Que... que... ¡Ay!

CHIPIONA. Pero, ¿qué tienes, hombre?

PANCHO. Que... que niño Martín... (*Mirando hacia la puerta.*) ¿Viene, mi ama?

ELENA. No viene, no. ¿Quieres explicarte?

PANCHO. ¡Ay, qué bruto é tu epañolito, mi ama!... Fuí á dále tu recaó, ¿sabe? Y él, ¿sabe?... me dió do golpe... ¡Ay!

ELENA. Pero ¿no le dijiste que ibas de mi parte y que le espero aquí?

PANCHO. Díjeselo, niña. ¡Ay! Pero é me dijo que no queré vení..., y que por habéle distraío me va á desoyá.

CHIPIONA. (*Aparte.*) Vamos, éste ha pagado el mal humor.

PANCHO. Y si no corro, ¡ay!, me desueya. Le rehusian los ojo como do vela. ¡Ay, qué bruto é tu epañolito, niña!

ELENA. (*Severa.*) Cuidado con lo que hablas, Pancho. El epañolito es mi primo.

PANCHO. ¿Y qué tené que vé que el epañolito sea tu primo, para que sea bruto, mi ama?

ELENA. ¡Calla, te he dicho! Ya estás ahora mismo á decirle que le esperamos este señor y yo.

PANCHO. (*Asustado.*) ¡Ay!, no, mi ama; no, que

me desueya, ¡Por Dio, niño Rafael; no me deje ir á vé á niño Martín ahora! (*De hinojos ante Chipiona.*) ¡Por Dio!

#### ESCENA IV

DICHOS. MAOLIYO, jovial y alegre como siempre, por el foro.

MAOLIYO. ¡A la pá é Dio! Pero, ¿qué é esto? ¿Hasta los negro ya se arrodian ante er maestro? Cuando yo dije que los volapié de la última corría iban á gorré de cabeza á tó Méjico... (*Dando á Pancho con el pie.*) ¡Alevanta, gandú, que vas á tiznar de negro er pantalón ar coloso de la siensia taurómaca!

PANCHO. (*Levantándose, y dolorido.*) ¿Tamien tú, niño Maoliyo?...

ELENA. ¡Pancho!

CHIPIONA. No tengas cuidado, hombre Anda, vé á lo que tengas que hacer y procura no encontrarte con Martín.

MAOLIYO. (*Con curiosidad.*) Pué...

ELENA. Mal humor que tiene hoy, como todos los días.

CHIPIONA. (*Por Pancho.*) Y miedo que tiene éste. (*A Maoliyo.*) Y de eso, ¿qué?

MAOLIYO. Con ojos he venío. En er resibimiento están esperando.

CHIPIONA. Elena; para que mi obsequio pueda yegar á usté, sólo falta que usté dé órdenes.

ELENA. (*Complacida.*) Ahora mismo, Rafael. Pancho, acompaña hasta aquí á los se-

ñores que están en el recibimiento. (*Vase Pancho por el foro.*) Y usted, Maoliyo, ¿estará tan contento de volver á España?

MAOLIYO. Carcule osté. Me espera en Madrí una gachí que, mejorando lo presente, é de primera. Trabajiyo me costó el haserla entrá por el aro; pero entró. Y ¡si osté viera las cartita que me escribel! La úrtima que he resibió, se las trai: é un puro armíba. ¡Y eso que había que ve cómo se chufaba ar prensipio de mi cara! Ahora dise que me quiere mucho; pero yo no estoy á gusto hasta que no la vea, por si acaso: que en esto de los cariños, ya lo dise la copla:

Hay querele de capricho;  
hay querele de ilusiones;  
hay querele... que se arquilan,  
como las habitaciones.

(*Elena y Chipiona rien.*)

## ESCENA V

DICHOS. PANCHO. PLÁCIDO. LAS JAPONESAS. BAILADORES DE JOTA. CORO GENERAL.

ELENA. (*Efusiva y tendiendo sus manos á los baturros.*) ¡Queridos compatriotas!

CHIPIONA. Del propio Aragón. Son los mejores bailadores de jota que ha visto España y Méjico.

BAILADOR. Gracias, señor Chipiona. Agradecíos, señora.

- ELENA. (*Por las japonesas.*) ¿Y estas señoritas?...
- MAOLIYO. Unas probe japonesa que se han arri-mao á éstos. Sus maríos las ejaron en blanco. No se moleste osté en hablarlas porque no saben ni esto de cristiano.
- CHIPIONA. Bueno; pues cuando usted quiera, Elena.
- ELENA. Así que tomen una copita. Pancho, Plá-cido: servid á los señores. (*Ambos van obsequiando con pastas y licores á los artistas.*)
- MAOLIYO. Y si á osté le paese, que empresipien estas aseitunas pa abrir boca. (*Alude á las japonesas.*)
- ELENA. No está mal. Con eso veremos si Martín acude.
- MAOLIYO. Y si no, voy yo á por él.
- ELENA. No, no; esperemos á ver.
- CHIPIONA. Como usted guste.
- MAOLIYO. Pué ¡ea! Venga de ahí. Pero, ahora que caigo en la cuenta: ¿quién hase música á eso cuatro pimpoyos? Porque yo con la guitarra no sé farseteá esa danza de lo quitasole que eyas se bailan.
- CHIPIONA. (*Disgustado.*) Entonces...
- BAILADOR. Ellas train sus papeles de música. Estos.
- ELENA. (*Examinándolos.*) ¿A ver? Música para piano... Yo acompañaré. (*Se sienta al piano.*)
- MAOLIYO. (*Cómicamente, y por señas, á las japonesas.*) ¡Arreando, presiosas! ¡Chin, chun, chin, chan! ¡Bailen!

*Música.*

Las cuatro japonesas bailan la vistosa danza de los quitasoles, y acabada, quedan en segundo término.

MAOLIYO. ¡Vaya por las aseitunas! No ha estao mal  
CHIPIONA. Muy bien tocao, Elena. Hay para usted un aplauso sincero.

ELENA. Gracias, Rafael.

MAOLIYO. (*Descolgando la guitarra.*) Ahora entro yo en funciones, ¿no?

ELENA. Todavía no, Maoliyo. Ya que hemos empezado por bailes extranjeros, y ya que me he sentado yo al piano... Pancho, Plácido: que vengan Tula y Nica. Bailaréis una guaracha. (*Vanse los dos criados por la izquierda.*)

CHIPIONA. Pero...

ELENA. No mezclemos lo español con lo exótico. El alma española es única. Admirémosla luego sola, vibrando en la jota, en la hermosa jota aragonesa, que tiene algo del estampido del cañón y del fulgor de la gloria. Y si no, que lo digan estos hijos de la Pilarica.

CHIPIONA. ¡Bravo, Elena! ¡Siempre tan española!

MAOLIYO. Y siempre en er terreno de lo justo.

ELENA. (*Riendo.*) Sí, ¿eh? Pregúnteselo usted á Martín.

ESCENA VI

DICHOS. TULA y NICA, negras, en su traje de doncellas de Elena. PANCHO. PLÁCIDO.

PANCHO. Ya estamo aquí, mi ama.

ELENA. Pues á afinar el oído y los pies.

MAOLIYO. ¡Venga esa guaracha!

*Música.*

TULA Y NICA.

Yo soy cándida y hermosa  
como la fló del café,  
y soy durse y cariñosa...

PANCHO Y PLÁCIDO.

Ya se ve.

TULA Y NICA.

Y yo tengo  
en mi labio durse beso,  
y caricias en mis manos  
y ternuras en mi pecho  
para ti.

PANCHO Y PLÁCIDO.

Eyas tienen  
en sus labios durse beso,  
y caricias en su mano,  
y ternuras en su pecho  
para mí.

CORO.

Todos tienen  
en los labios dulces besos,  
y caricias en las manos,  
y ternuras en los pechos  
para sí.

TULA Y NICA, PANCHO Y PLÁCIDO.

Cuando en tu labio rojo  
como la fló de la piña  
pongo mi labio,  
mi mano temblorosa  
parpa febrí y ansiosa  
lo que me callo.  
Y cuando con tu cuepo  
mi cuepesito junto así,  
¡Ay, ay!  
Me viene un mareíto  
que me deja atontaíto.  
¡Ay, ay!

¡Ay, qué plasé, cuando juntos etamos!



¡Ay, qué doló, si á tu lado no etoy  
gosando el amor!  
¡No te retires!  
¡Ven á mis brazos!

CORO.

¡Ay, qué plasé!, etc.

CHIPIONA. Es muy bonito baile.

ELENA. ¿Le ha gustado?

CHIPIONA. Mucho; sí, señora.

MAOLIYO. Tié su mérito, sí; pero como lo bailen á  
menúo, van á cogé una indigestión; ¡que  
también er chocolate se indigesta!

ELENA. Ahora le toca á usted, Maoliyo.

MAOLIYO. Encantao, señora. (*Descuelga la gui-  
tarra.*)

CHIPIONA. (*Por los bailadores de jota.*) Y á vos-  
otros. (*Se disponen á bailar.*)

*Música.*

MAOLIYO.

En er fondo de mi pecho  
tengo yo puesto un altá,  
donde á mi mare y á España  
no me canso de adorá.

CORO.

Viva la brillante  
jota de mi tierra,  
que es pregón de amores  
y es clarín de guerra.  
Viva la sonora  
jota de Aragón,  
que es flor de un raza  
y triunfal canción.

ESCENA VII

DICHOS. MARTÍN, por la derecha. Al entrar él, cesa el baile; pero en la orquesta sigue la música.

MARTÍN. Pero ¿qué es esto? Siga la jota, señores; siga la jota, que yo también vengo á oirla para recordar á España.

CHIPIONA. (*Aparte.*) ¿Quién me compra este lío?

ELENA. (*Incrédula.*) ¿Tú queriendo recordar á España? ¿Tú?

MARTÍN. Yo, sí. ¿Te extraña? Es inútil pretender olvidar... El amor á la Patria se lleva muy adentro.

ELENA. (*Radiante de gozo.*) ¡Gracias á Dios!

MARTÍN. Desde hoy seré otro: seré el Martín de siempre, alegre, bullicioso, jovial. Perdóname, Elena. Y para que veas que soy otro, Maoliyo, toca, que voy á cantar.

MAOLIYO. (*Entusiasmado.*) ¡Olé, los hombres barbianes!

ELENA. (*Aparte.*) ¡Ya es mío! ¡Le llevaré á España!

CHIPIONA. (*Idem.*) No lo entiendo.

MARTÍN. (*Canta.*)

Quando se quiere de veras,  
no se mira el qué dirán.  
¡Quien tiene fe en un camino,  
no vuelve la vista atrás!

ELENA. (*Recitado y rápidamente.*) ¡Ya es mío!  
¡Ya es mío!

MAOLIYO. (*Idem, entusiasmado*) Muy bien cantao. ¡Olé!

ELENA. (*A Martín.*) De modo que iremos á España; ¿nos casaremos en España?

MARTÍN. Iremos, sí. Iremos, puesto que lo quieres.

CHIPIONA. Otra copla, Martín.

MARTÍN. La última. (*Canta.*)

    Cuando oigo cantar la jota,  
    suelo descubrirme yo;  
    pues me recuerda tres cosas:  
    ¡España, mi madre y Dios!

CORO,

    Viva la brillante, etc.

(*Sigue la animación y el jaleo.*)

MUTACIÓN



## CUADRO TERCERO

Decoración del cuadro primero, á pleno sol.

### ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, está acabando de desfilar por el foro una sección de infantería. Los ecos alegres de una charanga militar llegan al público apagados por la distancia. La chiquillería y los curiosos que presencian el paso de la tropa, siguen á ésta una vez terminado el desfile (1). En seguida MAOLIYO y PEPA «LA MORENA», por la izquierda.

- PEPA. Mira, mira: acaba de pasar la tropa.
- MAOLIYO. Sí. Un regimiento que va á cubrir la carrera.
- PEPA. ¡Pobrecillos soldaos! Tener que aguantar el fuego de este sol... Oye, Maoliyo: ¿pa qué llevan la tropa á las procesiones?
- MAOLIYO. Pa mayó solemnía, mujé. ¿No vé tú que la tropa anima mucho? Y hase salí á la mujere é los barcone... Aemá, que la melisia tié tamien su punto é comparansa con esto é la igresia, no vaya tú á

(1) Se advierte á los señores directores de Compañías que puede suprimirse este desfile, cuando se carezca de elementos bastantes para formarle. Su supresión no perjudica en nada á la obra. Es conveniente, sin embargo, hacerle siempre que se pueda, para mayor vistosidad del cuadro.

creerte. Cá regimiento que esfila en traje é gala y con bandera y música, é una procesión que pasa. Ya sabe tú aquer cantá que dise:

Lo cuartele son iglesias  
y los sordaos son los santos;  
los cabos... son los faroles  
que alumbran de cuando en cuando.

- PEPA. (*Riendo.*) ¡Ya estás tú bueno con tus coplas! ¿Y pasará más tropa entodavía, verdá?
- MAOLIYO. ¡Anda, ya lo creol! ¡Si hoy se quean los cuarteles sin gente! Como é tan larga la procesión der Corpu...
- PEPA. A mí es la que más gusta. Pero me da mucha pena de los pobrecitos militares.
- MAOLIYO. ¡Mujé: á vé si vá á yorá!
- PEPA. ¡Tonto!
- MAOLIYO. Güeno; anda á vé si acarreas á María, pa irnos pronto; mira que luego no vamo á poer crusá la caye é Toledo.
- PEPA. ¡Pobre María! ¡Cuidao que desde que recibió aquella carta en que Martín la decía lo del difunto, no ha vuelto á reir, ni á cantar; ella, que parecía un pájaro!
- MAOLIYO. Pero, señó: ¿y qué iba á hasé Martín? Sei miyones no son cosa pa haserlos asín con er codo. Y luego, que la americanita é de abrigo. ¡Figúrate tú si yo tuviese una proporsión iguá!...
- PEPA. (*Molestada.*) ¡Gracioso!
- MAOLIYO. Vamo, mujé, no te incomode, que fué una broma. Anda á vé si convenses á esa probe chiquiya.
- PEPA. ¿Y tú?

MAOLIYO. Tengo mu seco er gaznate, y é cosa é refrescarlo. Aquí os espero. (*Vase Pepa á casa de María.*)

## ESCENA II

MAOLIYO. En seguida, CHIPIONA, por el foro derecha.

MAOLIYO. (*Limpiándose el sudor.*) ¡Vaya un caló de órdago! La verdá é que los probe sordaos van á sudá hasta po er bombibio! (*Viendo entrar á Chipiona.*) Felise, maestro.

CHIPIONA. Hola, Maoliyo.

MAOLIYO. ¿Qué caló, verdá?

CHIPIONA. Abrasa. ¿Qué haces por aquí?

MAOLIYO. Estoy de espera. Ha entrao mi novia á vé si María se deside á vé la prosesión...

CHIPIONA. A lo mismo vengo yo. María no puede quedarse aquí esta tarde.

MAOLIYO. Pue se queará, como siempre. Ya sabe osté que dende que Martín se fué, no ha güerto á salí á la caye.

CHIPIONA. Pero hoy saldrá. ¡Tiene que salir!

MAOLIYO. Ayá veremos... Y eso que lo dise osté de un mó...

CHIPIONA. Lo digo... Como tú no sabes lo que ocurre...

MAOLIYO. ¡Ah! ¿Pero ocurre argo?

CHIPIONA. Y grave. Martín y Elena están en Madrid hase tres días.

MAOLIYO. Pue eso no é grave. Ya lo esperábamo.

CHIPIONA. Vengo de comer con ojos en el Hotel Ritz.

- MAOLIYO. Tampoco eso é grave.  
CHIPIONA. ¡Imbécil! Elena ha conseguido salirse con la suya. Vienen á casarse en Madrid, como ella quería. Y lo peor es que desde que ha llegao, no hase otra cosa que marear á Martín, que aburrirle.
- MAOLIYO. Eso sí que é grave.  
CHIPIONA. Ahora, todo el afán de eya, es conocer la ebanistería donde Martín trabajaba...
- MAOLIYO. ¡Mire osté qué caprichito, hombre! ¿Con que la ebanistería? ¡Malol!... ¿Y Martín?  
CHIPIONA. ¡Figúrate! Amenaza, suplica; pero en vano. La americana es mujer que no afloja. ¿Sabes tú lo que hoy dijo comiendo? Que si Martín no la acompaña, vendrá eya sola en un coche de punto; que eya no se queda sin conocer la ebanistería.
- MAOLIYO. Y la hija del ebanista. ¡Pue le ha dao er postre! ¡Lo que hay que sufrí pa apañá sei miyone!
- CHIPIONA. Quería que la acompañase yo, pero me disculpé diciendo que tenía que hacer, que hoy no podía...
- MAOLIYO. Sabe osté, maestro, que la americanita... Vamo, que yo creo que si osté...
- CHIPIONA. (*Severo.*) ¡Maoliyo!  
MAOLIYO. No se incomode osté, maestro. Pero haría mejore miga que con Martín. Hase tiempo que me lo sé yo.
- CHIPIONA. Déjate de tonterías. Ven á ayudarme á convencer á María; porque comprenderás que no debe quedarse aquí. Si viese la otra...
- MAOLIYO. ¡Que é muy capaz! ..  
CHIPIONA. ¡Y tanto! A Martín le trae frito.



ESCENA III

DICHOS. PEPA «LA MORENA», MARÍA y SEÑOR LUCIO,  
á la puerta de su casa.

PEPA. (*A María.*) ¿De modo que no vienes?

MARÍA. Ya te he dicho que no.

SR. LUCIO. ¡Pero hija mía, por Dios!

CHIPIONA. (*Acercándose con Maoliyo.*) Pero chiquiya: ¿todavía sin vestir? ¿A qué esperas? ¿O es que te has propuesto hacerme perder la apuesta? Mira que he dao palabra á unos amigos de que esta tarde me verian del brazo con la chica más bonita de Madrid.

MARÍA. (*Esforzándose por sonreír.*) ¿Y soy yo esa chica?

CHIPIONA. Natural que sí.

MARÍA. Pues pierdes la apuesta, Rafael. Yo no salgo; no tengo gana.

SR. LUCIO. Pero hija mía; comprende que con esa pena te estás matando... Vamos; sé juiciosa. Es preciso vivir, olvidar...

MARÍA. ¡Ay, padre! ¡Qué pronto se dice á vivir, á olvidar..., y qué difícil es conseguirlo cuando se quiere como yo le quiero, y como él seguramente me quiere!

CHIPIONA. ¡Muchacha!

MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Pobresiya!

MARÍA. Sí; á pesar de aquella carta, á pesar de todo, Martín no me habrá olvidado; no puede ser. ¡Me quería tanto! ¡Me lo dijo tantas veces antes de marchar!

SR. LUCIO. Sí, hija, sí. Pero marchó, y...

MARÍA. ¡Maldita herencia!

- PEPA. (*Aparte.*) ¡Cuánto le quiere!
- CHIPIONA. Vamos; no seas chiquiya. ¡A vestirte! Pepa, ayúdela usted. ¡Vas á estar más guapa con la mantiya blanca!... Porque te pondrás la mantiya blanca ..
- MARÍA. No, no: dejadme... (*Con mucha pena.*) Otros años no hacía falta que me mandárais ponerme la mantilla blanca. Hoy... ¡Qué triste es para mi este año la procesión del Corpus! (*Entre todos empujan suavemente á María hacia la casa. Con ella vanse Pepa y Sr. Lucio.*)
- MAOLIYO. ¿Está osté viendo, maestro? Pa esto der queré tien las mujere má reaño que nosotros. Está visto que er cantá no miente:

La mujé, con ser tan frágil,  
es firme roca en queré;  
los hombres, con ser tan fuertes,  
adoran á cuantas ven.

- CHIPIONA. ¡Es verdad! ¡Pobre María! (*Entra con Maoliyo en la casa, á través de cuya ventana se los verá platicar.*)

#### ESCENA IV

MARTÍN y ELENA por el foro derecha. CHIPIONA y MAOLIYO por dentro de la ventana.

- MARTÍN. (*Sin moverse de la esquina y sujetando por el brazo á Elena que quiere avanzar.*) Mira, allí. Aquel fué mi taller.

- ELENA. Poca cosa, al parecer. ¿Y érais muchos?
- MARTÍN. Bastantes, sí; y ya que has satisfecho tu capricho, vámonos.
- ELENA. Espérate que me haga cargo... Vamos á acercarnos.
- MARTÍN. (*Suplicante*) ¡Elena!
- ELENA. (*Mimosa.*) Sé amable del todo, Martín. ¿Por qué no acercarnos?
- MARTÍN. No, Elena. No juegues más con mi debilidad. El jugar con fuego es peligroso. ¡Vámonos!
- ELENA. (*Irónica.*) ¿No quieres darme ese gusto? ¿La tienes miedo?
- MARTÍN. ¿Miedo? (*Con amargura, pero con firmeza.*) A ella, no; ¡a mí, sí!
- ELENA. (*En explosión de risa.*) ¡Ja, ja, ja, ja!
- MAOLIYO. (*Viéndolos por la ventana.*) ¿Eh? Mire osté, maestro. Ya están aquí.
- CHIPIONA. ¿Eyos? Ven: que no se entere María. (*Salen á la calle mientras Elena y Martín disputan.*)
- MAOLIYO. (*Aparte.*) Mé da er corasón que nos agua la fiesta.
- ELENA. (*A Martín.*) ¡Oh! Mira. (*Llamando.*) Rafael, Maoliyo!
- MAOLIYO. (*Aparte á Chipiona.*) Cuando yo digo que va á soná er trueno gordo... (*Se acercan á Martín y á Elena.*)
- CHIPIONA. (*Saludándolos.*) Por fin vinó usté por acá, como dijo.
- ELENA. (*Muy alegre*) Era un capricho tan inocente. ¡Hola, Maoliyo!
- MAOLIYO. ¿Cómo va, señores? Tanto tiempo sin vernos...
- MARTÍN. (*Aparte, á Chipiona.*) A ver si tú logras separarla de aquí.

- MAOLIYO. (*A Elena.*) ¿Con que osté tenía gana é conosé estos barrios?
- ELENA. Sí. Quería conocer el taller donde éste trabajó.
- MAOLIYO. (*Por decir algo.*) ¡Vaya, vaya, vaya, vaya!...
- CHIPIONA. (*A Elena.*) Y qué, ¿está usted dispuesta á ver la procesión? Es digna de verse... (*A Martín.*) Si queréis... Yo, por si acaso, os había buscado un balcón, para que lo viérais con más comodidad.
- ELENA. ¡Siempre tan fino! Muchas gracias, Rafael.
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Cuando yo digol!...
- MARTÍN. Pues sí que te lo agradezco. (*A Elena.*) Porque iremos, ¿verdad?
- ELENA. ¡Ya lo creo!
- MAOLIYO. Pue cuanto ante, porque ya va siendo hora.
- CHIPIONA. No hay tiempo que perder.
- ELENA. Ahora mismo. (*Andando hacia el prosenio.*) Por aquí, ¿no?
- CHIPIONA. No, no; por ahí no, por aquí. (*Indicando foro izquierda*)
- ELENA. Pero, ¿qué más da? Vamos por ahí, y de paso veré más de cerca el taller... y la plaza.
- MARTÍN. No seas terca, mujer; otro día la verás. Vamos, que se hace tarde.
- CHIPIONA. Y que yendo por aquí, se adelanta más. Toda esa caye estará yena de tropa...
- ELENA. ¿De tropa? Mejor. A mí me gusta mucho ver de cerca la tropa.
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Uy, uy, uy! Esta se sale con la suya. ¡Redió, qué mujer!
- MARTÍN. Pero, ¿y qué más te da ir por aquí?

- CHIPIONA. ¡Claro! ¿Qué más le da á osté?
- ELENA. Eso digo yo: ¿qué más les da á ustedes?  
Y me complacen.
- MARTÍN. (*Desesperado.*) ¡No hay medio!
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Se empeñó!
- CHIPIONA. Vamos por donde usted quiera. An-  
dando.
- ELENA. (*Deteniéndose apenas echó á andar.*)  
¿No cree usted, Rafael, que una mujer  
acompañada así... vamos, que son us-  
tedes muchos hombres para una mujer  
sola? ¿Por qué no llama usted á su her-  
mana, Rafael?
- CHIPIONA. (*Extrañado*) ¿A mi hermanastra?
- ELENA. Sí; á la que fué novia de éste. (*Por  
Martín.*)
- MARTÍN. (*Amenazador.*) ¡Elena!
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Atiza!
- ELENA. Y ¿por qué no? ¿Verdad, Rafael? Si más  
pronto ó más tarde os habéis de ver...  
Y que yo no soy celosa. Viniendo ella  
y la novia de éste,... (*Por Maoliyo*)  
formaríamos tres buenas parejas.
- CHIPIONA. ¡Señora!
- MARTÍN. (*En tono de áspero reproche.*) ¡Elena!  
Eres más frívola y más cruel de lo que  
yo me suponía; pero si tú no tienes co-  
razón, los demás no estamos sin él.
- ELENA. (*Riendo.*) ¿Ustedes oyen? Que no tengo  
corazón...
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Pue vaya una risa!
- ELENA. Vamos, llámela usted. Iremos todos jun-  
tos á ver la procesión. Yo, sola con uste-  
des tres, parece mal.. (*Viendo que Chi-  
piona no se mueve.*) Pero, ¿no va usted?  
(*Adelantándose decidida á llamar.*)

- MARTÍN. (*Intentando evi. arlo.*) ¿Qué vas á hacer, Elena?
- CHIPIONA. (*Idem*) ¡Elena, por Dios!
- MAOLIYO. (*Aparte*) ¡Y esa yama!
- ELENA. (*Llamando.*) Ustedes perdonen...
- MARTÍN. ¿Qué has hecho? ¡Dios mío! ¡Loca, loca! (*Hay una pausa, durante la cual los distintos personajes revelan en sus actitudes la emoción de que están poseídos; estupefacción en Chipiona y Maoliyo; desesperación y lucha interna en Martín; impasibilidad absoluta en Elena. Martín hablando consigo mismo.*) Y después de todo, tiene razón. ¿Por qué no verla, por qué no hablarla?
- MAOLIYO. (*Aparte.*) Yo á éste le digo lo que pasa, ¡Vaya!

## ESCENA V

DICHOS Y SR. LUCIO. Maoliyo se habrá llevado á Martín al otro lado del escenario. Chipiona va á entrar en la casa en el momento en que el Sr. Lucio sale. Elena, algún tanto separada, contempla la escena, risueña.

- SR. LUCIO. (*Dentro.*) ¿Quién? (*Saliendo.*) ¡Ah! ¿Eres tú, Rafael? (*Con pena.*) Es imposible convencerla. Llorando está... (*Siguen hablando en voz baja.*)
- MARTÍN. (*A Maoliyo.*) Y dices que llora por mí; ¿sólo por mí?
- MAOLIYO. (*A Martín.*) Nunca te lo hubiera dicho; pero, hijo... Me ha sacao de quicio esta mujé.

- MARTÍN. (*Resuelto y yendo hacia el Sr. Lucio.*)  
¡Señor Lucio!...
- SR. LUCIO. (*Atónito é indignado.*) ¿Tú?... ¡Vete!
- CHIPIONA. (*Interviniendo.*) Padre... Martín... Vamos, calma.
- MAOLIYO. (*Aparte.*) ¡Menudo lío!
- MARTÍN. (*Con ansiedad.*) ¿Y María, Sr. Lucio? ¿Y María?... (*Gritando.*) ¡María!... ¡María!
- SR. LUCIO. (*Con dignidad.*) ¡Martín! El dinero puede darte derecho á divertirte, á gozar la vida, á ir á todos los sitios... Pero á venir á las puertas de esta casa, á gozarte en el dolor de una infeliz mujer... ¡á eso, no! Eso es una infamia. ¡Véte!
- MARTÍN. (*Sin oírle.*) ¡María! (*El Sr. Lucio intenta cerrar la puerta, pero en aquel momento se presentan María y Pepa «la Morena».*)

## ESCENA VI

DICHOS, MARÍA Y PEPA «LA MORENA»:

- MARÍA. (*Retrocediendo sorprendida al ver á Martín.*) ¡Tú!
- PEPA. (*Sorprendida.*) ¡El!
- SR. LUCIO. (*Furioso.*) ¡Vete!
- MARTÍN. (*Temblando de amor.*) ¡María!
- MARÍA. (*Idem y yéndose á él.*) ¡Martín, mi Martín! ¡No me había olvidado! (*Muy rápidamente todo esto.*)
- CHIPIONA. Por Dios, muchachos... Haced el favor de mirar...
- MARTÍN. Yo no tengo que mirar nada. Vengo aquí en busca de los míos: vengo á mi





MARTÍN. La he renunciado ya. No hubiéramos podido ser buenos esposos; pero podremos ser buenos parientes. ¿Quieres?

ELENA. (*Dulcemente.*) Martín, un día te quise; te quise con toda mi alma; pero observé que tú no podías quererme, que no podías querer á nadie. Formaste el propósito de no volver á España para ver si lograbas olvidar, y formé yo entonces el propósito de traerte á Madrid con el pretexto de que aquí quería casarme. Vinimos, y tuve otro capricho que á ti te pareció una crueldad: me empeñé en conocer estos barrios, esta casa... ¡y ya lo ves! He conseguido lo que me propuse: hacerte feliz, haceros felices...

MARTÍN. (*Enternecido.*) ¡Elena!

CHIPIONA. (*Incrédulo.*) ¿De veras?

MAOLIYO. (*Absorto.*) ¡Atiza y por aonde sale!..., (*Muv rápidos estos bocadillos.*)

ELENA. ¡Sí, amigos; ya veis como no soy tan mala, tan cruel como suponíais!

MARTÍN. (*Agradecido.*) ¡Qué buena eres, Elena!

MARÍA. ¿Y no me guarda usted rencor? ¿De veras?

ELENA. ¿Por qué? Casaros, sed felices. Y ahora, Martín, concédeme un favor.

MARTÍN. Tú dirás.

ELENA. Quiero ser la madrina de vuestra boda.

MARTÍN. Lo serás.

ELENA. Pero con una condición. (*A María.*) Que aceptarás, como regalo de boda, los seis millones del tío, á los cuales ha renunciado Martín. Esos millones son ya míos y yo, porque quiero, se los cedo á María, á mi prima.

- MARÍA. (*Tímida.*) ¡Señora!
- SR. LUCIO. (*Emocionado.*) Señora, ¿me da usted su mano?
- ELENA. ¿Para qué?
- SR. LUCIO. Pa besarla, señora; pa tener el gusto de besar la mano de un ángel.
- ELENA. (*Risueña, alargándole la mano.*) Vaya. Pero no sea usted caprichoso; porque éstos dirán que no tiene usted corazón, como de mí. Y ahora, ¿no os parece que formamos tres buenas parejas?
- MAOLIYO. (*Entusiasmado.*) ¡Y que daremos er gorpe en la procesión!
- CHIPIONA. ¿Ves tú, María, cómo gano la apuesta á los amigos?
- MARÍA. (*Gozosísima.*) Voy á ponerme la mantilla blanca. ¡Qué hermosa es este año la procesión del *Corpus!*

TELÓN RÁPIDO

# Obras de Heraclio S. Viteri.

## TEATRO

*Servidora*, monólogo, en verso.

*Chispa*, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa.

*Orisa*, episodio trágico en cinco cuadros, en prosa.

*La aguja hueca*, comedia en un prólogo y tres actos, en prosa (1).

*San Rufino Martir*, juguete cómico en un acto, en prosa.

*La Rival*, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa (1).

## POESÍA

*El Castillo de aunque-os-pese*, leyenda.

*Espinas y flores*.

*Bagatelas*.

*Vidrios de colores*, con prólogo de Salvador Rueda. (En prensa).

## HISTORIA

*La cuadrilla de Nuestra Señora de Neguillán*, noticia histórica de la Comunidad de Villa y Tierra de Coca.

*Coca durante la guerra de la Independencia*.

## CRÍTICA

*Los cantares populares*.

*Apuntes al lápiz*, caricaturas sociales.

---

(1) En colaboración con D. Enrique Grimau de Mauro.



## Obras de Enrique Grimau de Mauro.

*La aguja hueca*, comedia en un prólogo y tres actos, en prosa.

*La Rival*, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa.  
(Ambas en colaboración con D. Heraclio S. Viteri).





